

un benigno invierno enseñó los principios de su moral a más de tres mil discípulos que lo seguían por todo el imperio. De aquellos admiradores solamente setenta y dos cultivaron de manera radical los preceptos de una filosofía que enunciaba sentencias sombrías o perturbantes. No abarques demasiadas ocupaciones; muchos asuntos arrastran consigo muchos disgustos. No busques ni la alegría ni la tranquilidad exagerada, porque andarías buscando es ya una pena y un obstáculo para la quietud. De un fuego escondido por mucho tiempo se hace un incendio difícil de extinguir, un fuego cuyas llamas aparecen inmediatamente a la vista fácilmente se apaga. Muchos arroyos que confluyen forman un caudaloso río y muchos hilos juntos forman una cuerda difícil de romper.

Es posible deducir que la afición a la geología que Goethe practicaba haya sugerido a los poderosos amigos del poeta la idea de que se ocupara de los asuntos relacionados con la minería de su país. En alguna época también desempeñó algunos cargos en el ministerio de Comunicaciones y en el de Hacienda. "No tengo otra cosa que decirte de mí sino que me sacrifico a mi profesión" escribió en una carta. Cuesta trabajo imaginar a Goethe entre actos públicos, rumores de oficina e innumerables hojas selladas, pero tampoco es común representarlo como un minucioso sinólogo que trata de rescatar del mito a la historia la figura del primer soberano de los chinos. De aquel personaje que es representado en algunas esculturas como un Tritón, es decir un ser con apariencia humana hasta la mitad del cuerpo y de la cintura hacia abajo con una piel escamosa parecida a la de una serpiente. ¿Qué significa esta inclinación de Goethe? Tal vez nada o quizás tenuemente indique otros nombres de la poesía; la extrañeza y el agravio, la suavidad de la distancia y de un antiguo idioma. En una carta que Goethe escribió el 10 de noviembre de 1813 y que estaba dirigida a K.L. von Knebel, el poeta nos da una respuesta que ilustra el camino de un alivio y una fatiga: "Particularmente me he dedicado con gran aplicación al estudio de China y de todo lo relativo a ella. Me he reservado y aislado este importante país, para, en caso de necesidad, como ahora acontece, ir a refugiarme en él; pues es muy reparador hallarse de pronto en una nueva condición o estado, aunque no sea más que imaginativamente."

Buzón de fantasmas De Manuel Gómez Morín al Abate González de Mendoza

Agotado y decepcionado por su trabajo como abogado y economista al servicio de la Revolución durante 1925 y 1926, Manuel Gómez Morín "se recetó un descanso para él y su familia" en España, Francia e Inglaterra, donde pasó una larga temporada cerca de Manuel Palacios Macedo y José Vasconcelos: los tres, señala Krauze en Caudillos culturales en la Revolución mexicana (p. 237) "representaban a mediados de 1927 un germen de oposición civilista al régimen revolucionario". Después de recorrer toda España, Gómez Morín escribió sus hermosas impresiones de viaje en la "conferencia" España fiel que leyó en la Universidad y que, ilustrada por Gabriel García Maroto, publicó Cultura en 1928. La conferencia deberá ser recogida algún día en una necesaria antología de viajeros mexicanos en España. Puede adivinarse que el Abate González de Mendoza leyó España fiel y le provocó al paladín de 1915 una respuesta que bien podría servir de colofón al libro. G.S.

13 de abril de 1929

Sr. J. M. González de Mendoza,
20 Rue Berthollet, Paris, Francia.

Muy estimado y buen amigo:

He leído ya —dos, tres veces—, su carta del 14 de marzo. Me parece muy bien; pero con una visión de España no sólo contraria a la que yo tuve, sino tan parcial, cuando menos, como la mía.

España, vista desde el otro lado de los Pirineos, puede ser tan injustamente apreciada como vista desde este lado del Atlántico. La proximidad, además, allá, opera el microscopismo de Gulliver en el país de los gigantes. Luego, la permanente y sutil embriaguez francesa,

—también se puede adormecer con "measure et proportion"— obliga a desestimar otras formas de vida, de cultura y de organización.

¿No será un poco obra de la colonización francesa, ese su sentido pesimista de la vida española?

Reconozco que si hay microscopía viendo a España desde los Pirineos, puede haber el fenómeno contrario cuando se la vé desde este lado del mar. Y si desde el punto de vista francés puede decirse: "Ce sont des brutes!", desde el punto de vista mexicano tenemos que decir con asombro complacido: "¡son ángeles!"

¡Ah! querido amigo. ¡Aquí donde la tragedia espera a la esquina de cada semestre, donde el único contacto con la tradición y el pasado es la más sangüinaria crueldad, cuán limpia, cuán pura resulta la vida española!

Pero admitir que todo sea en el caso cuestión de punto de vista, es dejar el asunto en la posición en que usted lo pone ahora y en que quieren colocarlo gentes como Ortega: "España ya no es América; pero todavía no es Europa". O, mejor: "España ya no es Europa; pero todavía no cae en los abismos americanos" y, para ser más preciso, "en los abismos mexicanos". Y a mí esta posición me ha parecido siempre bovarysta, derrotista, incomprensiva.

Cuando conocí personalmente a don José Ortega —y usted me perdonará el desacato— cuando ví aquel señor con cara de buen gachupín abarrotero que no podía juntarse con sus polainas ni con sus guantes ni con su saco negro ribeteado de seda, tuve la sensación precisa de que sus teorías se fundan realmente en razones íntimas de su fisiología más que en datos objetivos del problema español. Una comprobación más de

la vieja teoría encontrada ya aplicable, entre otros casos, a las obras de tres pintores mexicanos: Montenegro, Best Maugard y Diego Rivera; la teoría de que la obra no es sino un intento de justificación y sublimación de la propia arquitectura física, o un intento rebelde de superación de tal arquitectura.

Ortega, como don Miguel, tenía ante sí los dos caminos: aceptar lo propio y justificarlo, o rebelarse contra ello, declararlo inferior, negar al pariente pobre para entrar de rondón en la lujosa casa ajena de otra cultura. Don Miguel siguió el primer camino; don José optó por el segundo. Y si he de serle sincero, don Miguel un poco ridículo, me parece que será siempre respetable; pero nunca podría respetar al por otra parte distinguido filósofo don José, persiguiendo con pantalones bombachos, medias de lana y cuello de celuloide, una pelotilla ridícula por un campo de golf que se extienda frontero a la Bombilla.

Y luego, don Miguel y don José no son, por fortuna, toda España. La cantidad de gente, humilde y de segunda clase, quizá, que yo tuve la suerte de conocer trabajando limpiamente en sus cosas con devoción apostólica digna del Instituto y sin, por ello, disminuir otras muchas virtudes que pueden existir en Francia; pero no tan arraigadas en la naturaleza humana como en España. Muchos nombres, apenas lo supe en el momento de la presentación; otros, representan para mí de tal manera valores de primera clase, que no me atrevería a catalogarlos en la posición humilde que para ellos he señalado en esta carta; pero en Madrid y en Barcelona, en la Residencia, en el Centro de estudios, en la casa de don Adolfo Posada, trabajando al lado de Blas Cabrera, en la Comisaría Regia de la Banca, en el Fomento del Trabajo Nacional, en las Cajas Rurales, en la Universidad de Granada, encontré gentes de esta clase. Y probablemente en toda España pasa lo mismo. Hombres sin duda bien españoles: con un profundo sentido tradicional, con un arraigo racionalmente consentido respecto de una cultura y a la vez con un empeño consciente de realizar una tarea y con un dominio de su técnica paralelo al que puedan tener en cualquier otro país del mundo trabajadores de oficios similares.

¿Por qué negarse a ver esta realidad?
¿Por qué darle sólo valor representativo a lo pintoresco o a lo absurdo? ¿Por

qué suponer que un pueblo entero se mida por los defectos más groseros de su gente más baja o por los empeños más grotescos de unos cuantos individuos excepcionales?

Pienso con horror que esta medida se aplicara a México y aunque quizá no haga yo sino estar ejemplificando nuevamente la teoría de la relación entre la obra y el autor, tengo que decir cuán injusto me parece el criterio que hace de México sólo un país de bandoleros o un país de rastacuerismo ridículo. Tiene de lo uno y de lo otro; pero, —¡caray!— tiene también otras cosas. Tan injusto sería medirlo por sus tiranos sanguinarios e iletrados, como medirlo por Alfonso Reyes, dechado de perfecciones. Alfonso no es mexicano y estoy por decirle que los tiranos tampoco lo han sido.

Así, España, con su dictador, con su Unamuno, con su Ortega, con sus gitanos, con su *Mensajero del Corazón de Jesús*; pero también con su tradición, con su inagotable bondad, con su arrebatado, con su laboriosidad que de incansable parece perezosa, con la renovada energía de buscar y de abrirse su propio camino, con su desconsolado optimismo, con su clase media intelectual que piensa y que trabaja, me pareció y me sigue pareciendo un grande país, un país adorable, una civilización más poderosa, más vital, más moderna, si puede decirse, que otras civilizaciones europeas.

He dejado pendiente lo del baño —terapéutica; éso se puede decir de España desde los Estados Unidos; pero hay que tener cuidado de decirlo desde Francia por que es asunto que ahí tiene patente. Mi recuerdo de las contadas mañanas en que tuve la suerte de asistir a la clase de M. Perceou en la Sorbona, es un recuerdo perfumado y no, por cierto, con esas deplorables pastillas de olor que perfuman el "metro" y otros lugares igualmente subterráneos o recónditos de París. Cuidado con la higiene, querido abate, que las conversaciones de regreso en los trasatlánticos, están siempre impregnadas de los viejos olores de Enrique IV.

Tiene España, además, algo que es para mí maravilloso y que seguramente será la fuente de un "risorgimento" admirable: sus hombres de letras la han hecho creer que fué muy grande; pero que ya no es nada. Y como, aunque no lo parezca, vive en la fé de sus hombres de letras, España sigue prendida en la ad-

miración de su pasado sin dar importancia alguna a los hombres, que cree humildes y mediocres, del presente. Cuando Francia se echa de bruce delante de cualquier Paul Morand y aún —usted perdónese—, de Proust o de Valéry, cuando los proclama genios y trompetea su fama a las quince partes del mundo, España apenas se fija en Gómez de la Serna, digamos, aunque no es realmente un ejemplo; admira con mesura a Juan Ramón Jiménez, considera muy en quinto orden a Giner y a Posada y a Costa, y de los presentes a todos, creyendo que sería ridículo proclamarlos geniales e insistiendo, una y otra vez, sobre las grandes figuras consagradas del pasado.

¡Imagine usted lo que Francia haría si le naciera un poeta como Juan Ramón! ¡Piense cómo habría impuesto al mundo el genio inmenso de don Miguel si don Miguel fuera francés! ¡Calcule el número de páginas que, desde la *Ilustración* hasta la más científica de las revistas francesas, habrían consagrado a Blas Cabrera! ¡Trate de contar el número de bustos que por cuenta de Francia se habrían erigido en toda América a Ramón y Cajal!

Pero España no es así. Por su ardiente afán de encontrar que puede, también, hacer las hazañas modernas y sólo como prueba de esa aptitud cuando tanto le han dicho que es ya estéril, es capaz de admirar a Franco y de dedicarle elogios, —no más elogios que los hechos en Francia a Guilbaud—. En cambio Francia es capaz de entronizar a Proust, mientras que España, deseosa de las más grandes figuras y consciente de su capacidad de producirlas, apenas si concede un buen sitio a Juan Ramón y no se deja todavía ganar por otros menores que ya en Francia serían proclamados inmensos no por más fácil comprensión, sino por ánimo más dispuesto al autobombo, más desprovisto de sentido crítico y más apegado a las necesidades materiales de la propaganda.

Aún en ésto, que podría decirse fruto de ignorancia, España es señora y dueña, sin esa actividad aparentemente generosa y fundamentalmente mezquina que hace valer las mediocridades propias, ignorando las cumbres ajenas.

Mientras Francia sin montañas, se esfuerza en camuflar de himalayas, ridículas colinas, España, en cambio, embobada en la contemplación de sus altas cumbres tradicionales, no llega a dar bandera

ni a poner en el mapa grandes montañas. Lo que en Francia es un "terrible y grandioso desfiladero", en España se convierte, apenas, en la meseta ondulada de Castilla.

Todavía, querido amigo, a pesar de su carta, sigo en mis trece. Y si alguna impresión tengo de descastamiento y de arribismo, esa impresión me viene de más allá y no de más acá de los Pirineos. Admiro y amo a aquella cultura; pero

que no me toquen ésta, porque entonces los defectos de aquella se me vuelven patentes y entre defectos de mezquindad o defectos de exceso de anhelo, me quedará siempre con los últimos y no con los primeros,

Un abrazo con el afecto creciente de su amigo

Manuel Gómez Morín □

Carta de Guadalajara De saldos y conmemoraciones

*Juan José Doñán, Jorge Esquinca,
Juan Palomar Vereá, María Palomar*

El recién despedido 1992, el año del quinto centenario de la presencia de Europa en América y viceversa, tuvo para Guadalajara motivos particulares de recordación, lamentación y festejo. La ciudad cumplió 450 años. Hubo asimismo tres bicentenarios importantes; dos celebraron la fundación de la Universidad de Guadalajara y la del Hospital Civil, las más antiguas instituciones de servicio social y que aún sobreviven en la capital de Jalisco, y otro conmemoró la muerte del fundador de ambas empresas: Fray Antonio Alcalde, cuya figura representa varias de las mejores virtudes de esta ciudad.

Ciudad herida, arrancada de raíz, vuelta escombros, luto, vergüenza. ¿Qué puede todavía rescatarse entre las ruinas de aquel abril sombrío? ¿Una dolorosa lección de heroísmo anónimo que corrió parejas con la magnitud de la tragedia? ¿Una irreversible sensación de incertidumbre, de no saber materialmente qué suelo se pisa, de percibir, con María Zambrano, la verdad de que toda ciudad está fundada sobre un abismo? La muerte vino de la entraña, cayó de golpe sobre la intimidad, asoló el espacio de las vacaciones. Y después de ahogado el estrépito, sólo quedan en el aire

las preguntas. No parece haber consuelo ante lo que, a ojos vistas, pudo evitarse. Un rescoldo de rabia y vergüenza. Días funestos para la otrora ciudad de claros perfiles.

El aliento, a la vez grandioso y sensato, con que el obispo Alcalde fundara sus empresas es una clara herencia de las más nobles intenciones del humanismo del siglo XVIII. La fundación del Hospital de Belén fue una de ellas. La envergadura de una obra así marca y determina la naturaleza misma de una ciudad. El Hospital contuvo en sí mismo, como un organismo ideal, la semilla, la planta y el fruto del cual obtener sustento y sentido perdurables. Entre las providencias de Alcalde se contó la construcción de las célebres cuadrillas, extensos conjuntos de viviendas modestas y dignas, con cuya renta debía sostenerse al nosocomio además de ser uno de los primeros esfuerzos cualitativamente significativos para afrontar la necesidad masiva de vivienda en las ciudades novohispanas. Uno de los primeros gobiernos revolucionarios, característicamente, comenzó el desembramiento de ese patrimonio. De ahí en adelante, el estado todopoderoso y benefactor debería encargarse de sufragar, a fondo perdido, los gastos. A

duras penas el hospital, al día de hoy, logra ser mantenido. Por la actual avenida Alcalde queda todavía la última de las casitas, esperando entre el smog y la incuria un comprador que, una vez demolida, convierta en renta su superficie.

A 450 años de su fundación, Guadalajara no tiene de sabia lo que tiene de antigua. El centralismo, ese mal atávico de nuestro país, así como la intolerancia y las magras iniciativas de las instituciones y grupos de poder domésticos, la han empobrecido. Desde fines del siglo pasado hasta décadas recientes, la ciudad ha visto marcharse a muchos de sus mejores hombres. Legiones de escritores, pensadores, jurisconsultos, compositores, arquitectos, pintores..., abandonaron su ciudad natal para siempre; unas veces en busca de horizontes más amplios, atraídos por las sirenas de la capital, pero muchas otras porque la "provincia enana" no fue capaz de brindarles las mínimas condiciones para el desarrollo de su vida intelectual. Mucha es la responsabilidad que en esto ha tenido la Universidad de Guadalajara.

Durante el siglo pasado, los liberales vieron en la universidad la encarnación intelectual de sus enemigos y en cuanto ocasión se les presentó no dudaron en cerrarla, para abrir en su lugar el Instituto de Ciencias. Llegó a darse el caso del gobernador Ogazón que no sólo declaró la clausura definitiva de la universidad tapatía, sino que nada creó en su lugar y dejó a la ciudad y la región sin estudios superiores. Las consecuencias las tuvieron que pagar incluso los propios jóvenes liberales. Uno de ellos, Ireneo Paz, hubo de trasladarse a la ciudad de México a fin de concluir sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Con la reapertura de la Universidad de Guadalajara en 1925 por los revolucionarios, se reinagura la intolerancia. (Hasta hace unos cuantos años no se hablaba de reapertura, sino de *fundación*, negado cualquier nexo con la universidad anterior; es hasta ahora, cuando el populismo anda a la baja, que las autoridades universitarias, en la búsqueda de cierto abolengo, reconocen que el fundador fue Fray Antonio Alcalde, y no José Guadalupe Zuno.) La renaciente universidad se radicalizó autoerigiéndose en bastión de la educación socialista, hostilizando y aun persiguiendo a la